Palabras ante las delegaciones participantes en Mondiacult 2022, celebrado en la Ciudad de México, del 28 al 30 de septiembre.

Saludos a la directora general de la Unesco, madame Audrey Azoulay
Greetings to all delegations
Benvenuti a tutti ministri
Willkommen alle in Mexiko

En representación del presidente de México, Andrés Manuel López Obrador, tengo el agrado de ofrecer unas palabras para ustedes.

Como lo saben, México es una nación con culturas milenarias, cuando menos cinco, antes de Nuestra Era: la teotihuacana, la zapoteca, la mixteca, la maya y la que se conoce como “cultura madre”: los olmecas. Desde hace más de tres mil años, en gran parte de Mesoamérica, estas civilizaciones ya contaban con su propia lengua y escritura, sus medios de producción alimentaria, intercambio comercial, expresiones artísticas y cultos politeístas. Después de Cristo, algunas de ellas decayeron y tomaron vigor en otras como la tolteca, la mexica y el esplendor maya. Unas más otras menos, llegaron hasta Costa Rica y Panamá. Con la dominación española en el siglo XVI hubo un enriquecimiento mutuo, y en los últimos tiempos, a partir del siglo XIX por migraciones de americanos del norte, europeos, asiáticos, sudamericanos y países del Caribe.

Hace unos ochenta años, cuando todavía se hablaba de tipos de raza en la especie humana, se ensalzaba o se despreciaba, según el caso, a personas por su aspecto físico. Décadas después, los científicos concluyeron que no hay razas en la especie humana, sino que cada uno es parte de una misma especie biológica. Esto quiere decir que todos somos iguales, aunque varíe nuestro color: somos herederos del *homo sapiens*. Sin embargo, por más que se ha explicado el punto, el racismo vive con insidia e impunidad; esto es, se relega a hombres y mujeres por alguna supuesta inferioridad biológica y cultural, estigma establecido por una raza cumbre, superior: la blanca.

El racismo como ideología, aunque se proscriba y condene, sigue lacerando la dignidad humana. En nombre de la raza, los racistas menoscaban a quienes no representan el modelo de belleza física o de inteligencia de otros. Lo digo sin cortapisas porque reconocer esta desgracia —que habla mal de nosotros como humanidad— y hacer algo efectivo para

aminorarla, es el punto de partida para alcanzar algún día una cultura de respeto entre todos los que vivimos en la casa común.

No es paréntesis anodino comenzar mi alocución con esta pandemia irracional que no hemos podido exterminar. Porque, precisamente, las culturas más ancestrales son aquellas que, a fuerza de resistir genocidios, esclavitud, desprecios y otras vergonzantes acciones en su contra, han sido quienes han tenido la más comprobada capacidad de sobrevivencia. México es prueba de ello. Cuento el siguiente episodio porque tengo la convicción de que no hay que temer a la historia; al contrario, ésta nos enseña qué somos y hemos sido y persuade hacia el porvenir:

El casi total exterminio de los pueblos del Yaqui, hace unos 130 años, es evidencia de esa arbitraria política pública de reducir al indio a un ser humano inferior para luego, el superior, arrogarse el derecho de dominarlo y, en síntesis, despojarlo de su voluntad, su dignidad, su familia, su territorio. Hace años tuve a la vista el resultado de un examen necrológico que publicó una revista francesa, a finales del XIX, sobre un cráneo yaqui: se concluía que, en efecto, la testa de ese joven presentaba una anomalía encefálica. El gobierno mexicano de entonces divulgó que la raza yaqui era biológicamente indomable y por ello quedaba justificado el hecho de someterla con más fuerza bélica. Bien saben unos cuantos historiadores que el de los yaquis fue el primer holocausto del siglo XX en el mundo, para vergüenza de los mexicanos.

De este ejemplo abreviado tengo claro que quienes desean aniquilar a las culturas ancestrales, en este caso, a las culturas originarias de América, por el contrario, detienen, cancelan y atrofian el desarrollo de cualquier nación. Suponer que una cultura aborigen es involucionada, pauperiza de cuerpo entero el alma de quien así lo juzga: ese racista, al contrario, retrotrae el desarrollo de la humanidad, que no es homogénea ni hay un solo pensamiento. La misma especie biológica que somos todos es por antonomasia heterogénea y en el respeto a esa variedad se halla el valor que todo ser humano de buena fe coloca en el peldaño más alto.

Pero ¿qué es cultura? A finales del siglo XIX occidental, por ejemplo, la palabra no se hallaba en los periódicos. Se conferenciaba sobre las bellas artes y, muy en particular, de la poesía, el teatro y la ópera. En México, algo sobre el teatro de carpa y la comedia. En revistas y publicaciones europeas, la vestimenta, rituales y lenguas indígenas entraban en el

terreno de la antropología (hoy también, pero con otra connotación) y su exaltación iba orientada al descubrimiento de lo “exótico” de África, de América. Si por *exótico* se entiende ‘que procede de un país o cultura lejanos y desconocidos’ no habría problema. Pero el adjetivo *exótico* para muchos continúa aun refiriendo de forma peyorativa a vestuarios, idiosincrasias o ceremoniales de aborígenes *curiosos, raros, bárbaros*; los *exóticos*, es una pena, aún para muchos, son aquellos que se quedaron fuera de la *órbita civilizatoria* o de la *evolución*, par de palabritas de compleja definición, pues por más que se determine, por un lado, que son un ‘conjunto de ideas o creencias de un grupo’, y por otro, ‘cambios graduales de algo en una comunidad’, son *palabritas*, repito, que dejan un largo envanecimiento de desprecio.

Cultura hoy en día, según mi entender y propuesta, es todo aquello que nace en una comunidad o naciones derivado del conocimiento, el temperamento, las tradiciones y las costumbres que tienen, crean o han heredado. Cultura ya no es más, en exclusiva, el arte de tocar el violín o la figura de mármol. Cultura es el arte de crear en un tiempo y un espacio, y como ambos varían de manera inevitable, se tiene por cierto entonces que la cultura no es sin el hombre, sin la mujer quienes también van cambiando.

El racismo cultural, pienso, reduce a la creación y al arte en todas sus manifestaciones, a modelos clasistas o elitistas que menoscaban a los que creen inferiores y a los cuales hay que hacerles entender que, al agredir a otro, se agreden a sí mismos, a la cultura universal, a la cultura histórica; a ese constructo en donde antiguos y presentes, cada uno, ha contribuido con una parte. Admito lo utópico de mi propuesta. Pero, en el siglo XXI, si hemos de hablar de cultura, es imperativo admitir que nunca seremos idénticos porque tampoco hay pensamiento único; no hay un solo modelo a seguir: es tan *exótico* para un aimara la Torre Eiffel como para un parisino los tatuajes con henna que realizan mujeres marroquíes. Por otro lado, debemos entender que la cultura ajena no se apropia con fines económicos, no se subasta; que el plagio es ilegal e inmoral; que los bienes patrimoniales de la humanidad son de todos y todos debemos protegerlos. Hay que apostar por descolonizar la cultura supremacista y promover, en cambio, una horizontalidad porque no hay culturas superiores ni inferiores. Nuestro lema en México es “Mi patrimonio no se vende”. Nuestra prioridad: defender nuestro legado ancestral, cuidarlo, protegerlo, y recuperar la memoria histórica nacional: de dónde venimos, qué somos y por tal, hacia dónde vamos.

Enhorabuena por esta conferencia mundial. Aquí discutirán y emitirán lineamientos para políticas públicas en donde la cultura sea considerada un bien público mundial. Estoy segura de que entre todos podrán renovar la significación de palabra *cultura* y, en consecuencia, proponer. La cultura es el poder de lo múltiple. Tiene, en abono, casi en exclusiva hoy en día, la capacidad de unir. La cultura puede ser sinónimo de paz. Si abonamos a una cultura incluyente, diversa; no clasista ni racista, menos aún *colonizante* o *hegemónica* habremos dado ya un paso más hacia la paz mundial que anhelamos todos los que buscamos encumbrar lo que hace el hombre que piensa y siente.

Beatriz Gutiérrez Mueller

Ciudad de México, 5 de octubre de 2022